

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 240

25 cts

22 SETIEMBRE
1929



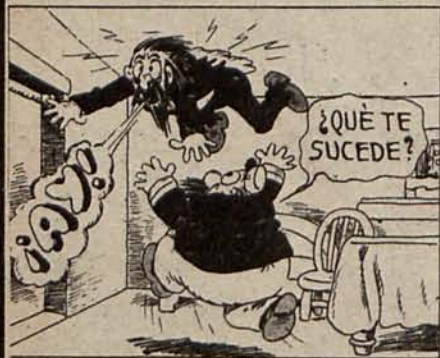
- ¡LA SAL SE EXTRAHE DEL AGUA SALADA!
- ¡AH, CLARO! Y EL AZÚCAR DEL AGUA DULCE. ¿NO?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

debatían tocaban muy de cerca a los intereses de los viticultores ita-

lianos; pero podéis pensar si mi mente no corría como un caballo desbocado, o más bien como un rauda automóvil, o mejor aun como un perfeccionadísimo aeroplano, en pos de los colegas lanzados por tan diversas y remotas partes del mundo en busca de unos pocos papeles que valían más que un tesoro porque de ellos dependían la vida y el honor de un amigo.

Asombrábame ya no recibir noticias de ninguna especie, cuando el 7 de octubre me llegó por correo urgente y en un solo pliego una copia del *Daily Telegraph* y otra del *Berliner Tageblatt*. Las señas del sobrescrito eran de puño y letra del abogado Galiani. Al pronto no pensé que en aquellas hojas pudiese encontrar noticias referentes a mis amigos, y sí más bien datos o juicios que pudiesen servirme en el desempeño de mi deber de cronista en el Congreso. Pero no era así. En efecto, apenas abrí el primer periódico que me cayó en las manos, el alemán, descubrí en la quinta página cerca de un tercio de columna señalado con largos trazos de lápiz rojo, y encabezando el suelto, un título, al leer el cual me dió un vuelco el corazón:

«Las desventuras de un periodista».

»Zanzibar, 2 de octubre.

»Llegan aquí noticias de Bloemfontein según las cuales nuestro compañero Holtzmann, el conocido corresponsal del *Kronzeitung*, ha sido arrestado cerca de Griqua bajo las graves imputaciones de violación de domicilio y de injurias inferidas a un súbdito inglés allí residente.

»Holtzmann había llegado a Port-Natal, y debía atravesar el Orange con su escolta dirigiéndose hacia el Namaquá alemán para abrir una información relativa a las revueltas de aquellas tribus costeras. Precisamente en las cercanías del río fué donde recibió hospitalidad en la hacienda de un plantador inglés de aquellas regiones, un tal Willerdam, que al primer momento se mostró con él cortés y liberal, pero que no tardó en manifestarse como lo que era, un hombre vulgar y villano. Peor todavía: porque después de una libación evidentemente copiosa, el tal Willerdam, hábilmente interrogado por el periodista, que parece tenía sus buenas razones para hacerlo, acabó por confesarse autor de un delito que interesó hace mucho tiempo a la prensa de todos los países. Pero cuando se desvanecieron los vapores de la embriaguez, Willerdam se arrepintió de las relaciones hechas, y con insolencias y amenazas quiso imponer a Holtzmann el compromiso de no transmitir a nadie palabra alguna referente a lo que había averiguado; y como el otro, movido por la impulsividad de su carácter, que no le permitió adoptar el disimulo como medida de oportunidad, demostró no estar dispuesto a admitir semejantes imposiciones, el inglés pasó con él a vías de hecho. Nuestro compatriota no soportó tan villanas demasías, y respondió con iguales argumentos. Más al fin del litigio llevó naturalmente la peor parte nuestro estimado colega al que las autoridades locales detuvieron y llevaron ante el juez de Bloemfontein.

»El *Kronzeitung* ha intervenido inmediatamente para que su corresponsal pueda proseguir viaje, pidiendo por telégrafo su libertad provisional y enviando el importe de la fianza; y a la vez ha protestado contra el incalificable abuso en la embajada inglesa de Berlín.

»Holtzmann, por consiguiente, no ha dado aun noticias suyas al periódico.»

La cosa me impresionó y preocupó bastante, tanto más cuanto que, evidentemente, hasta entonces nuestro amigo no había comunicado noticias suyas ni a París siquiera. ¿Qué habría sido de él? Desplegué febrilmente el periódico inglés, con la esperanza de hallar en él más concretas o más recientes noticias. ¡Pero sí, sí! El despacho del *Daily Telegraph* era de la misma fecha que el del *Berliner Tageblatt* y ostentaba un título que humorísticamente contrastaba con el del diario tudesco:

«Las locuras de un periodista»

«Ciudad del Cabo, 2 de octubre.

»No era posible que el célebre corresponsal del *Kronzeitung* renunciara a hacer otra de las suyas. Después de las colosales bolas y las ridículas planchas del cometa Elías, la abdicación del Papa y el viaje aéreo del Mikado, no cabía esperar más que la reaparición de la venerable y fantástica serpiente de mar o el descubrimiento del Polo... Este. A cambio de ello, el incomparable colega germánico se contenta con ir a la Colonia del Cabo y descubrir al verdadero culpable del famoso asunto *D'Alimand*. Como véis para realizar una buena obra, el corresponsal del *Kronzeitung* no se arredra ante sacrificios ni fatigas. Va, pues, al Cabo, y precisamente a Griqua, y cree reconocer en el señor Willerdam, un pacífico súbdito inglés poseedor de vastas heredades en aquellos contornos, a uno de los cómplices del célebre delito del Arsenal de Tolón. ¡Maravillosa perspicacia del príncipe de los periodistas alemanes! El señor Willerdam, que no vuelve de su estupor, jura y perjura que no sabe nada ni entra ni sale en tan tenebroso asunto; Holtzmann, que no en balde es alemán, tiene la cabeza dura y las convicciones sólidas. Lo que él dice es el Evangelio, lo que él hace es un acto de suprema justicia; y suelta una andanada de insolencias al buen *farmer*, ⁽¹⁾ pretendiendo abrir la caja de caudales para apoderarse de ciertos fantásticos

documentos que allí debían de estar custodiados. Nadie, a nuestro entender, podrá culpar al señor Willerdam, si, llegado a tal punto, ha dudado tener que habérselas, no con el corresponsal del *Kronzeitung*, sino con el emisario de alguna mundial asociación de ladrones... cosmopolitas, y ha procedido a salvaguardar la integridad de su persona y la seguridad de su casa.

»Holtzmann fué en consecuencia detenido, y en breve se le procesará por violación de domicilio y amenazas a mano armada. En cuanto al asunto *D'Alimand*, el afamado escritor, en vista de su nueva desafinación, ha creído oportuno encerrarse en la más grave e impenetrable reserva.

»Y he aquí a dónde puede conducir la pasión por las grandes y estrepitosas noticias de que parece ser presa, de algún tiempo a esta parte, el corresponsal del germanísimo *Kronzeitung*. Porque el huésped insolente y arrogante de nuestro pacífico y honrado compatriota, no era, no, un caballero de industria cualquiera, sino el mismísimo e inefable Herr Holtzmann, en el pleno ejercicio de sus funciones de corresponsal del *Kronzeitung*».

—El periódico inglés ha cargado la mano— pensé yo recortando la noticia que me interesaba conservar y guardando las dos tiras impresas en mi cartera—. Pero a la hora presente deben de haberse ya arreglado las cosas. Al fin no se trata sino de un incidente poco agradable, determinado por la vehemencia de ese niño grande de Fritz. Es de esperar más bien que su reserva acerca de nuestra labor secreta en favor de *D'Alimand* haya sido realmente absoluta. Pero si hubiese llamado ese nombre, y podía haberlo llamado, hubiera sido bastante mejor. ¡Dichoso parlanchín!

Permanecí un rato pensativo en la ventana de mi habitación, ante el amplio espejo del Gironda fantásticamente inflamado por la reverberación de una maravillosa puesta de sol otoñal, y tomé entonces la resolución de dejar

(1) Colono.

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN Y SU PANDILLA



La capitana del "Columbia" E. Salgará

(Continuación)

irle sacando de entre aquellos escollos que por todas partes le amenazaban y que ella conocía muy bien.

Por tres veces se internó entre los bancos y escolleras y por tres veces logró bien la salida infundiendo ánimo a todos con la voz y con el ejemplo, rara señal de admiración entre los marineros viejos los cuales no acertaban a explicarse como una mujer pudiese tener tanta tenacidad y se mostrase tan hábil en las faenas marineras.

Al fin el «Columbia» consiguió salir de aquel peligroso paraje y se halló en el mar libre, pero he aquí que una oleada inmensa le cogió de través y le volcó de flanco.

—¡Estamos perdidos!—gritaron todos.

Y los marineros y oficiales perdían el valor y aun la cabeza, pero Ana conservaba aun su calma inalterable.

Entre los rugidos de las olas y el aullar del viento sobresalía su voz enérgica y clara como una campana y dominando el estrépito de los elementos desencadenados:

—¡Cortad los mástiles!

La hija del viejo Wilson sabía que con aquella orden comprometía muy seriamente la existencia del buque y la de la tripulación, más pensó que sin aquella mutilación el «Columbia» se perdía.

Los marineros al oír aquella orden se detuvieron mirándose unos a otros con estupor y creyendo haber oído mal.

Pero la voz de la capitana vibró nuevamente más imperiosa y enérgica.

—¡Cortad los mástiles...!

Y del mismo modo que los pescadores de Selburne habían poco antes experimentado los efectos de la energía suprema de aquella mujer que les había llevado sanos y salvos hasta la nave en peligro, la tripulación del velero fué incapaz de desobedecer.

Ana además les había dado ya en pocos minutos tales pruebas de pericia en el mando, que merecía que tuviesen plena confianza en ella.

Sin consultar para nada al capitán que yacía herido en su camarote, tomaron las hachas y trabajando con afanosa energía comenzaron a derribar los mástiles.

La nave medio volcada sobre una banda amenazaba por momentos sumergirse y oleadas tremendas

pasando y barriendo la cubierta ponían en peligro de arrojar al mar a los desgraciados marineros.

Finalmente el palo mayor cayó con estrépito aplastando parte de la borda: después se derribó el trinquete. No faltaba más que el de mesana o sea el que está situado a popa, que Ana juzgó inútil sacrificar.

Apenas cayeron al mar los dos palos la nave se enderezó y volvió a tomar otra vez su perdido equilibrio.

Viéndole otra vez derecho y navegando libremente sobre las olas fuera del peligroso la-





berinto de escollos, los marineros no pudieron ya contenerse y saludaron a la heroica hembra con un triple ¡hurra!

—¡Viva la capitana...!

Pero el «Columbia» no estaba aun salvado del todo.

Hacía agua por todas partes, obedecía mal al mando del timón a causa de la escasa arboladura que le quedaba y amenazaba con ser arrojado contra la costa.

—¡Muchachos!—gritó Ana dirigiéndose a los diecisiete hombres que formaban la tripulación—Vuestra existencia y la mía aun están en peligro: trabajemos todos cuanto podamos para salvarnos. Yo seguiré teniendo como hasta ahora el mando y si me obedecéis me comprometo a llevaros a todos a tierra sanos y salvos.

Electrizados por aquellas palabras y confiados en la pericia de la capitana todos los marineros se pusieron a su disposición.

—¡Armad las bombas!—gritó Ana.

Después mandó que la atasen a la rueda del timón para mejor poder resistir a los empujones que le daban las olas que saltando por la popa casi la ponían en trance de caer al mar.

Todos se dedicaron alegremente al trabajo. Las dos bombas funcionaban sin cesar achicando el agua que anegaba la bodega mientras otros se ocupaban en las maniobras de las velas restantes del palo de mesana en popa.

El «Columbia» impulsado por las olas daba saltos inmensos, ora acercándose a las costas de Nueva Escocia, ora alejándose.

Los pescadores de la costa avisados por sus compañeros que habían vuelto ya a la bahía acudieron a la

playa y fueron encendiendo hogueras en los escollos a fin de que la valerosa capitana pudiese esquivarlos mejor.

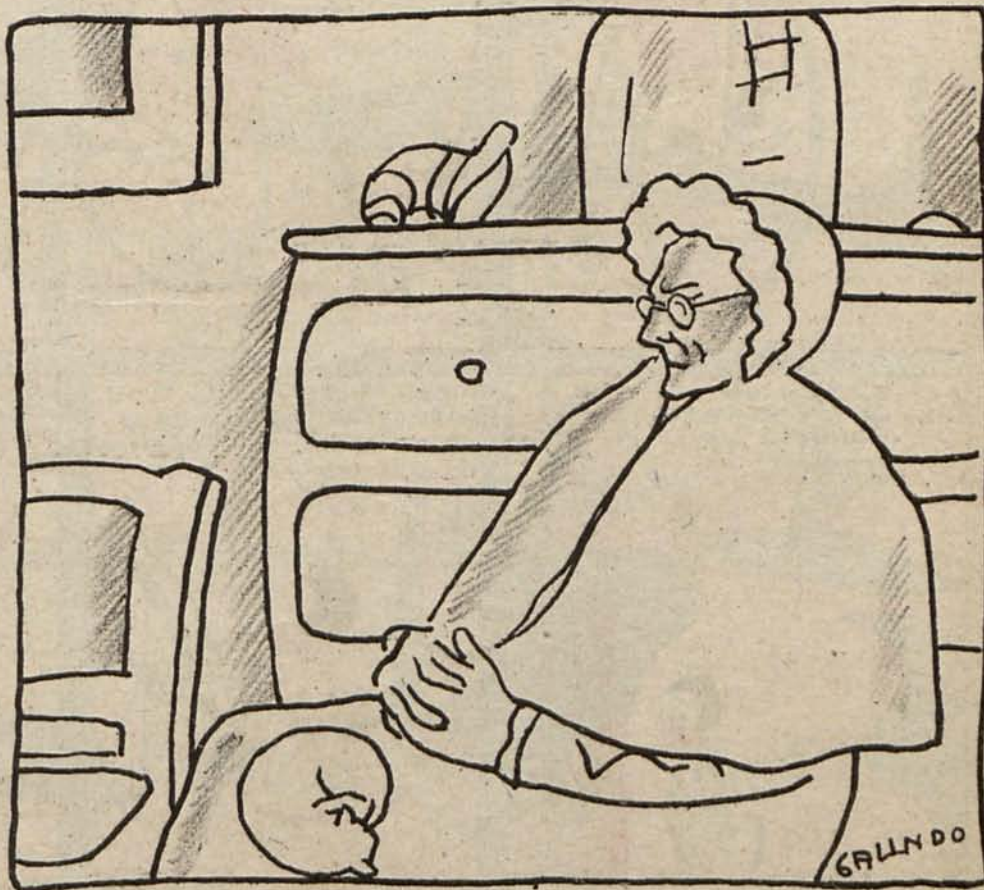
También los habitantes de Liverpool, otra aldea de pescadores situada cerca del Cabo de las Arenas, habían hecho otro tanto.

La escasa arboladura y el estado del mar impedían sin embargo a Ana dirigir el buque contra la bahía. Si lo hubiera intentado la hubiera expuesto infaliblemente a hundirse o estrellarse contra la playa y tenía empeño en cumplir su promesa de llevar sanos y salvos a todos a tierra firme.

Mientras tanto los marineros no cesaban de trabajar en las bombas a pesar de las frecuentes oleadas que cubrían la cubierta de un extremo a otro empujándoles de aquí para allá o derribándolos contra las bordas.

Varios de ellos habían ya resultado heridos y Ana también tenía las muñecas ensangrentadas por el roce de las cuerdas, pero nadie se quejaba.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿ME COMPRARÁ USTED UN VELOCÍPEDO?

YA TE HE DICHO QUE
ESO SON COSAS DE
PERSONAS MA-
YORES



MIRA NIÑO QUE COMO COJAS LA
PERRA VA A SER PEOR

¡YO QUIERO UN
VELOCÍPEDOOO!



¡AH SÍ? PUES AHORA PARA QUE
RABIES ME VOY A COMPRAR
UNO PARA MÍ!

¡YO QUIERO UN
VELOCÍPEDOOOOO!



¡MENUDA ZAPATETA
DE ENVIDIA LE VA A
DAR A CURRINCHE
CUANDO ME VEA!



¿ME DEJARÁ MONTAR
A MÍ?

NO PUEDE SER
¿NO VES QUE A TÍ
NO TE LLEGAN
LAS PIERNAS A
LOS PEDALES?



USTED ME ESTA RESULTANDO UN
EGOÍSTA MUY GRANDE

BUENO, NIÑO. DÉJAME EN PAZ.
CUANDO SEAS MA-
YOR Y TENGA
BIGOTE, GASTA-
RÁS VELOCÍ-
PEDO



A ESTE TÍO EN CUANTO VUELVA A
CASA LE VOY YO A PONER LAS PE-
RAS A CUARTO



MIENTRAS DUERME DON TURU
HARÉ UN ARREGLILLO EN EL
VELOCÍPEDO Y YA VEREMOS
LO QUE PASA



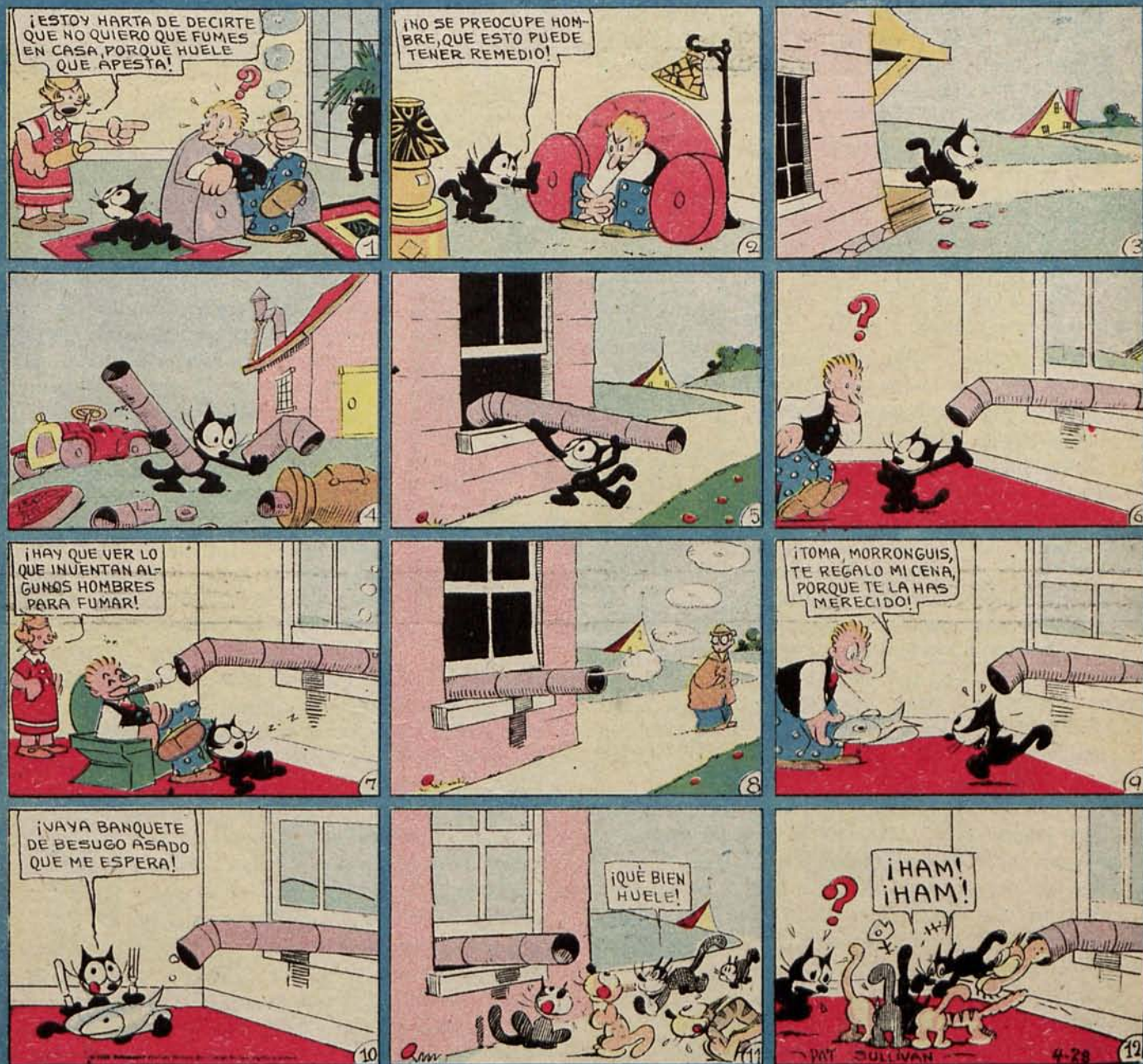
EN ESTE MUNDO TRAIADOR
NADA ES VERDAD NI MENTIRA,
TODO ES SEGÚN EL COLOR
DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL COMPAÑERO PATAFÓLICA

Castillo

MORRONGO I, Rey de los gatos romanos, decidió casarse con la linda gata que cautivara su corazón. Muchas Zapaquildas se presentaron en palacio aspirando a la honra de ser elegidas por Morrongo; pero éste quería esposa bella, buena y sabia: tres cosas que no suelen verse juntas en una gata, por muy romana que sea.

Se puso tan malo, que comenzó a dar en el vicio de roerse las uñas y rascarse los bigotes, síntomas de grave dolencia entre los gatos.

Reuniéronse los médicos de cámara, y después de una discusión de quince días resolvieron que el Rey, o estaba bueno y sano, o a las puertas de la muerte. Sólo un médico viejo opinó que no sabía a ciencia cierta el mal que aquejaba a Su Majestad.

Morrongo empezó a enflaquecer, y comprendiendo que la causa de su mal era vivir sin más afectos que los interesados de sus cortesanos, una mañanita, antes que amaneciera, se lavó la cara y marchó de palacio, decidido a no volver hasta haber elegido una Reina digna del primer trono gatuno.

La primera noche la pasó cerca de un hormiguero situado al pie de un árbol. Apenas había comenzado a conciliar el sueño, cuando un ruido le despertó: oyó voces debajo de tierra; a poco salieron muchas hormigas, y se reunieron a corta distancia de Morrongo. Una de ellas, la más atrevida, sin duda, se encaramó sobre una china, puesta en dos pies tosió para limpiarse el pecho, y tirándose de los puños de la camisa, dijo:

—¡Compañeras, ha llegado el momento de sacudir el yugo que nos abruma! ¡Nosotras somos la mayoría y podemos hacer lo que nos dé la gana! ¡Para un grano de trigo por barba que nos dan, nos hacen sudar el quilo! Pues se me ocurre lo siguiente: que nos den doble comida, y no trabajemos más que la mitad; es decir, que no trabajéis, porque yo haré todo con hablar bien.

Aplausos estrepitosos acogieron las palabras del orador.

—Si nos dan lo que pedimos, seguiremos trabajando; pero si no, nos declararemos en huelga, y punto concluido.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva el compañero Patafólica!

—¡Un momento!—dijo un hormigón viejo encaramándose a otra china—Y si vosotros trabajáis sólo la mitad y queréis doble ración, ¿de dónde vamos a sacar los comestibles?

—¡Nada; huelga, huelga!—gritaban todos—¡Lo mejor es no trabajar!

—¡Oídme, por favor!—gritaba el viejo—¡Mirad que os perdéis!

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que se calle ese tío! ¡Tíradle de cabezal!

—¿Queréis que os cuente un cuento?—dijo de pronto el vejete.

—¡Siendo cuento, vengal!—gritaron algunos; y todos escucharon.

—En un autor romano he leído que una vez se pelearon los miembros y el estómago. Decían los miembros: «Pero ¡qué sinvergüenza es nuestro estómago, que come y no trabaja!» Las manos decían: «Si no fuera por nosotras, que cogemos el alimento y lo llevamos a la boca, ¡medrado estaría el estómago!» Las piernas añadían: «¿Pues y sin nosotras, que llevamos al cuerpo adonde hay que comer? ¡Nada, nada; el estómago es un holgazán que está sacándonos el jugo, y ya es hora de que nos las pague todas juntas! ¡Desde ahora mismo dejamos nosotras de trabajar, y que rabie de hambre!»

Y así lo hicieron. Al principio, ¡qué gusto! Ni las piernas ni las manos se movían, y estaban como las propias rosas, mientras el estómago rabiaba de hambre y de sed. Pero al poco tiempo comenzaron a sentir las piernas y las manos una flojedad extraordinaria; tanto que, aun cuando quisieran, no podían moverse. Entonces les dijo la cabeza, que no había intervenido en el complot: «¿No comprendéis, almas de cántaro, que si el estómago come lo que le dais es para dároslo luego a vosotros en vida, fuerza y salud?» Comprendiéronlo los miembros, y se apresuraron a dar comida al estómago.

—Pues aunque el compañero Patafólica os diga lo contrario, sabed que sois los miembros, y nosotros los jefes, el estómago. Vosotros trabajáis buscando las provisiones; pero nosotros las guardamos y las distribuimos para que duren en el mal tiempo: nosotros somos los médicos que os curamos cuando estáis malos, los ingenieros que os enseñamos a cons-





truir las viviendas, los guardianes que os defienden de los ladrones, los maestros que iluminan vuestro entendimiento, y los sacerdotes que os enseñan la moralidad. Decid ahora si comemos de balde lo que nos daís.»

Bajaron las hormigas la cabeza y volvieron al hormiguero como unos corderitos, mientras *Patafónica* decía:

—¡Me ha fastidiado ese tiol! ¡Desde hoy tendré que trabajar como los demás!

Morrongo no pudo dormir aquella noche, haciendo reflexiones sobre lo que acababa de escuchar, y decidió tenerlo en cuenta para lo sucesivo.

Continuó su excursión, y se encontró en el país de las abejas. Allí nadie murmuraba del trabajo; todos llevaban su parte de miel, y la única lucha era por ver cuál llevaba más al panal. La Reina distribuía sus premios a las más aplicadas, y los zánganos, que no hacían más que zanganadas, morían de hambre por su holgazanería. Todo fué bien, hasta que viendo una abeja a Morrongo curiosear muy cerca de la colmena, le clavó el aguijón debajo de la cola, haciéndole salir a escape y bufando como si le hubieran amarrado al rabo una lata de petróleo.

Al retirarse sacó una cartera de piel de rana, y en una hoja escribió:

«Las abejas son modelo de trabajo; pero al que le piquen como a mí, le hacen perder el rabo a correr.»

A todo esto, el buen Rey siguió su camino en busca de la futura Reina de la raza gatuna.

Y quiso su buena suerte que andando, andando, diera con su cuerpo en el famoso país de los Zampatortas, donde había muchos gatos bien educados. Hospedóse el gran Morrongo en casa de Micifuz el pidiadoso, el cual tenía una hija tan bella

como aseada, que todas las mañanas se lavaba la cara con saliva, porque le habían dicho que con eso se le quitarían las pecas.

El día de la recepción en la casa de Micifuz hubo gran banquete, y Morrongo quedó prendado de la pulcritud con que la doncella Bufapoco—que así se llamaba la hija del huésped—trin-

caba con sus blancas uñas los trozos de tocino y se los llevaba a la boca sonrosada con aquel donaire y gracia de quien parece decir a cada bocado: «¡Qué honor el de esta tajada que pasa por mi gaza-natel!»

Sirvióse agua para beber en una palangana soberbia, que debió de estar entera cuando nueva, pero que, desportillada y todo, valía cualquier dinero. Bebieron los comensales, y a los postres Morrongo pidió a Micifuz la mano de Bufapoco, para lo cual tuvo que decir quién era.

—¡Ah, señor!—exclamó Micifuz inclinándose con respeto—¡Tal honor en mi familia!

Al día siguiente se celebró la boda con todo aparato, sacrificándose más de quinientos ratones bien cebaditos, y después los recién casados emprendieron el camino de su reino.

Cuando llegaron se hicieron anunciar por heraldos que entonaban cánticos de alabanza a la nueva Reina. Sólo al en-

trar en el salón del trono notó el Monarca que su esposa tenía la cola postiza. Entonces dijo para su pellejo: «¡La verdad es que no hay nada completo en esta vida!» Mandó que le pusieran un aparato para que no se le cayera la cola en los actos solemnes, y se dedicó luego a dar muchas y muy juiciosas leyes a sus súbditos, llamando hormigas a los revoltosos, y abejas a los buenos.

¿Verdad, lectores míos, que todos queréis ser tan laboriosos como las abejas?





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?
—¿Es verdad, amigo buho, que hay perros salvajes?
—Tan cierto como que tú te llamas Chonón. Y no debe esto causarte extrañeza porque ya sabes que también hay gatos y caballos salvajes.

—Pues, a pesar de esto, no deja de extrañarme. No conocía más perros que los domésticos. Vas hoy a hablarme de los canes salvajes.

—Todos los perros de esta clase pertenecen a una sola raza. Su pelaje es basto, sucio, erizado y de color pardo rojizo. La cola muy larga, poblada y colgante. El aspecto en general es asqueroso.

—Completamente distinto entonces al de la generalidad de los perros. Claro que estos animales, desde el momento en que son salvajes, vivirán en el campo ¿verdad?

—Escogen para su morada los sitios ruinosos. Por Alejandría y Egipto abundan mucho, refugiándose en las colinas donde se conservan aun las ruinas de antiguas ciudades. Por el día, duermen y por la noche vagan errantes. Disponen siempre de dos madrigueras orientadas a puntos opuestos para cuando el frío o el viento castiga en un sentido, ponerse al abrigo en la otra.

—¿Y qué comen estos animales?

—Con preferencia, carne. Pero como no es fácil hallarla en cualquier parte, se estacionan junto a aquellos lugares donde se echan los despojos de caballerías o reses muertas.

Se reúnen en masa alrededor de un animal muerto, formando verdadera jauría y dejando oír penetrantes aullidos. Son insaciables y no pueden tolerar que otros animales se acerquen a su presa.

—Pero también tendrán enemigos que podrán más que ellos. Si se les acerca un león o un tigre no creo que vayan a hacerle frente.

—Desde luego, ante la presencia de animales superiores a ellos huyen a la desbandada si bien procuran llevarse entre los dientes los despojos que pueden. Las aves de rapiña, sobre todo los buitres, también les hacen frente y entablan terribles luchas en las que es muy frecuente que uno de los dos contendientes pierda la vida.

—¿Acometen al hombre?

—Aunque se les llama perros salvajes no llegan nunca a este extremo. Se les llama así por el género de vida que hacen, porque viven errabundos por el campo, pero no tienen respecto al hombre, instintos de ferocidad. El hombre corresponde a esta buena cualidad respetándole, y protegiéndole. Muchas veces se ve a los jinetes mahometanos o turcos apartar su caballo al pasar por las calles de algún poblado, para no hacer daño a alguno de estos perros que se halle tumbado en el suelo. Rara vez pasa un egipcio por delante de una perra que esté criando que no le eche un trozo de pan u otro alimento.

—Entonces será fácil domesticarles y hacerles perder su condición de salvajes.

—Desde luego. Pero a nadie le agrada tener perros de estos en su casa por el aspecto repugnante que ofrecen. Si se cogen jóvenes, y están en contacto con un dueño y una casa, se crían lo mismo que los demás perros y son fieles y vigilantes. Si se les abandona a sus propios medios, dejan los poblados en cuanto son adultos y se van al campo en busca de las jaurías. Una vez en libertad, y fortalecidos por la comunidad de la tribu de perros, se muestran enemigos irreconciliables de los perros domésticos, dándose el caso de que si alguno de los perros domésticos se pierde en territorio ocupado por los canes salvajes, se ve en seguida acometido por éstos. Los perros de una colonia no viven tampoco en buena armonía con los de otra y son muy frecuentes entre ellos luchas muy encarnizadas.

—¿Causan daño en los campos?

—Al contrario. Más bien son beneficiosos pues no comen vegetales y, en cambio, persiguen a las ratas, ratones, zorros, y otra porción de animales dañinos a la agricultura.

Con frecuencia se multiplican los perros salvajes de una manera temible llegando a ser entonces una verdadera plaga para el país, pues faltos de alimentos invaden los poblados, cuyas calles se ven repletas de estos animales.

—Lo más terrible será cuando se declare entre ellos la rabia.

—Felizmente se da el caso raro de que esta raza de perros es muy poco propensa a la hidrofobia. Hay regiones donde no han conocido un solo caso de perro salvaje en estado de rabia. Esto es una ventaja grande pues, como dices muy bien, sería terrible, una invasión de rabia entre ellos. Habría que exterminarlos a tiros, o con venenos, o como se pudiera.

En Turquía, sobre todo en Constantinopla, se ven manadas de estos perros, que allí llaman parías o cimarrones. Todas las calles y plazas están llenas de ellos; se acuestan al sol delante de las casas, esperando que se les echen residuos de comidas.

—¿No te parece que, a pesar del cariño que yo tengo a los animales, es un espectáculo lamentable una calle llena de perros?

—No cabe duda, pero en una ciudad como Constantinopla, y en otras turcas, la presencia de los perros es, hasta cierto punto de utilidad pública.

—No lo comprendo.

—Has de tener en cuenta que en las ciudades turcas no hay casi policía sanitaria y las calles son en su mayoría vertederos donde se arrojan toda clase de despojos e inmundicias, que los perros se encargan de quitar de enmedio.

—Ahora ya lo he comprendido. Corre a su cargo el servicio de limpiezas.

—Eso mismo.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Arturo Reynal
Segundo premio.—Basilio Montes.
Tercer premio.—Tinita Balseiro.
Cuarto premio.—Cosme García.
Quinto premio.—Julio F. Herrero.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Antonio Rodríguez, Manuel Arias, Angeles Soler, Pilar Farinós, Carmen Lozano, Federico Galindo, Juan Casañ, Julián Sardinero, Paquita Rodrigo, José Suria, M.^a Luisa Murias, Paquita Seara, Alfredo Marco y Soledad del Valle.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE ABRIL

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio. Román Jugo.
Segundo premio.—Vicente Carreño.
Tercer premio.—Ricardito Serrador.
Cuarto premio. José M.^a Banguis.
Quinto premio.—Eugenio Morales.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Monsita Mayo, M.^a Teresa Pineda, F. A. L., M. N. Alonso, J. M. Alvarez Cascos, L. García, J. Sourdeau, R. Rodríguez, José Fernández, Emilio M. C. de Moreta, Juanito de la Serna, Trinidad de Pablo, José M.^a Cruz, Esperanza Navarro, Lolita Mendoza, Georgina Miguel, B. Piquero y T. L.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Anita y Pelucho
L. Hausmann



Casa de campo
Paco Pino, 8 años



Pareja
Titi Pérez, 9 años



Mi amiga
Tomás B. S.



Pinocho
T. de Ibarra
12 años



Holandesas
Ernesto San Pedro



Pinocho
Carlos Oriando



Mis dos buenos
amigos
Alfredo Schulze



Un héroe
S. Lorenzo



Un indio
Carlos Grande, 13 años



Dofia Tecla
José Luis Anunci
13 años



De paseo
Remedios G. Abalos



Delgadina
Margarita del Olmo
9 años



Pinocho
T. de Ibarra



El Jesús del Gran Poder
John Hatfield



Guerrero romano
Manuel A. de Sotomayor



La navegante solitaria
Maria García



Lavando el pescado
Esteban González

Fijaos en los magníficos premios del GRAN SORTEO DE JUGUETES

ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL

PAPEL DE FUMAR ABADIE

que se celebrará en combinación con el sorteo de la Lotería Nacional de 2 de enero de 1930

420 JUGUETES

Primer premio: Un automóvil tipo Baby, marca Bugatti, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.

Segundo premio. Un elegante cochecito con muñeco y ama.

Tercer premio: Una sólida bicicleta con side-car.

Cuarto premio: Una linda mesita con mantelería, servicio de vajilla y cuatro sillas.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas.

396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores.

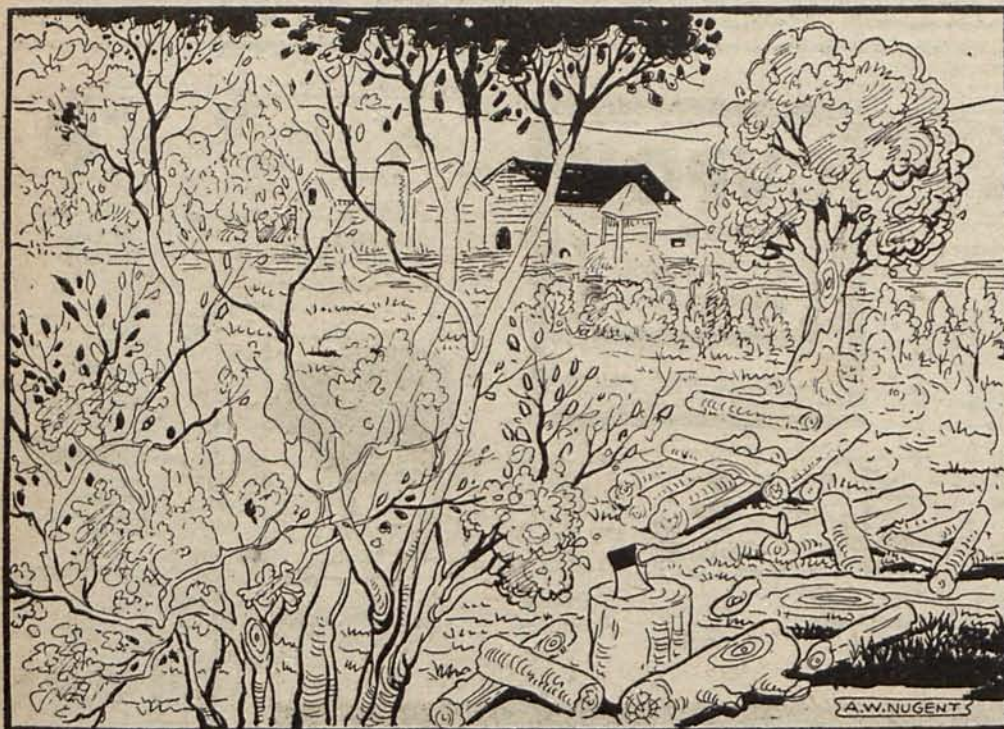
Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocs de papel de fumar Abadie da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 21 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie — Campoamor, 20 y Orellana, 3 triplicado — Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

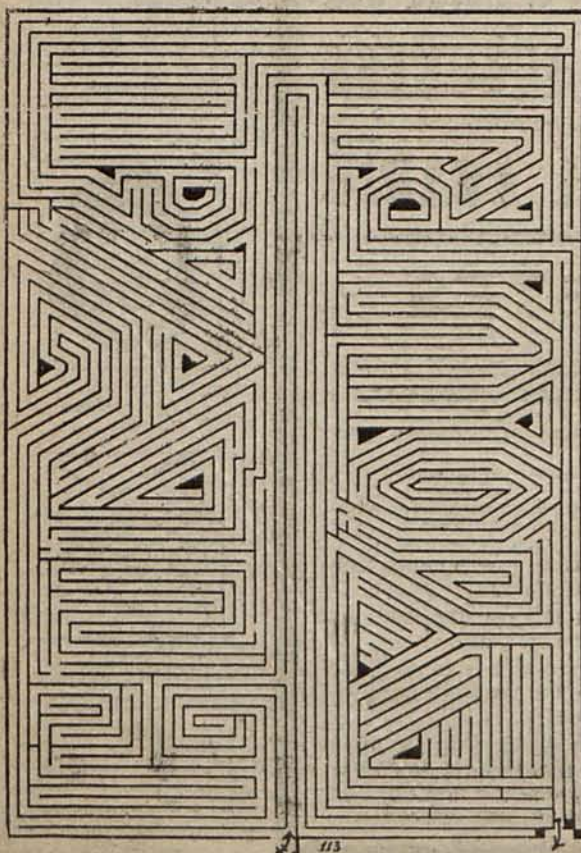
LOS LEÑADORES



Cuatro leñadores napolitanos se extraviaron junto a una granja agrícola. Lo más notable es que se llamaban, unos a otros, a voces, y se oían, pero no se veían.

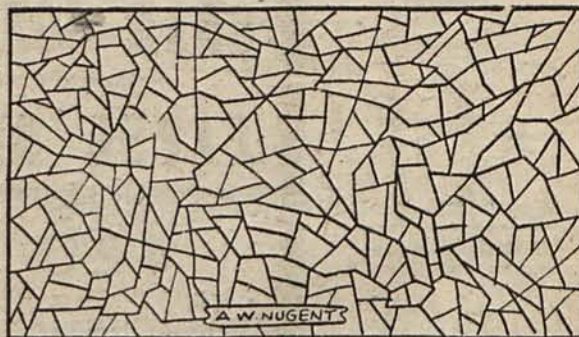
¿Podéis indicar vosotros dónde están los cuatro leñadores napolitanos?.

EL LABERINTO NORUEGO



Un aventurero noruego legó al morir toda su fortuna para el primer mortal que entrara en el laberinto que están viendo, y que supiera encontrar la salida. Varios audaces intentaron la empresa pero en ella perecieron. Intentadla vosotros. Las flechas os indican la entrada y la salida.

EL ENIGMA DEL MOSAICO



Condenado a muerte Sidi-Mahomed-el-Zaide y ya casi en el momento de ir a entregar su alma a Alá le dijeron que podría salvar su vida si sabía descifrar «El enigma del mosaico... Y le presentaron ante los ojos uno, de la forma que aquí véis. ¿Podéis vosotros adivinar el susodicho enigma?

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

Cuentos de Pirula

Rosita, Violeta y Jazmina
en el jardín de la reina
Florinda. (Fin)



quedaron solas. (¿Verdad que esto nos huele cada vez más a combinación preparada de antemano? Pero las princesitas eran unas ingenuas y no se les ocurrió sospechar nada.)

Llegó la noche; Rosita, Violeta y Jazmina empezaron a aburrirse y a preocuparse. ¿Y si no volvía su séquito? ¿Dónde dormirían? El aire refrescaba; la oscuridad las iba envolviendo; tenían hambre. Decidieron explorar los alrededores, y no habían andado cuatro metros, cuando se hallaron ante la verja de un jardín magnífico; a la puerta, había tres guardianes que avanzaron hacia las tres niñas.

—Pasad—dijo el primero—nada os impide penetrar en este recinto y vivir algún tiempo en él; solamente os advierto que algún día habréis de marcharos; nadie puede permanecer aquí eternamente.

—Cuanto hay en este jardín—dijo el segundo guardián—está a vuestra disposición mientras dure vuestra estancia en él. Solamente os advierto que nada os podréis llevar.

—En cuanto a mí—dijo el tercero—me limito a recomendaros que hagáis un uso moderado de los placeres y de las maravillas que se os ofrezcan en este jardín.

Las princesas entraron y quedaron estupefactas; allí no existía la noche, lucía una claridad de mediodía; no existía el frío, ni el calor; soplabla una brisa primaveral. La arena que cubría el suelo era de oro; por doquier se volviesen, solo veían árboles frutales y flores; pero las frutas desprendían una fragancia sorprendente; unas oían a dulce, otras a pollo asado, otras a foie-gras, otras a caviar o a embutidos, o a chocolate, o a caramelo. En cuanto a las flores, eran todas de pedrerías: había rosas de topacios, claveles de rubies, nardos de perlas, violetas de amatistas, camelias de brillantes, orquídeas de esmeraldas.

Siempre fué Violeta un poco golosa y otro poco tragona; en el palacio de su madre, estos defectillos suyos no se notaban demasiado, pero cuando hubo catado una de aquellas frutas extraordinarias, sintió tal entusiasmo por su sabor exquisito que cogió un montón, se sentó en el suelo y se dedicó a comer y comer, sin querer ya moverse de allí.

No eran tales las flaquezas de Rosita; en cambio gustaba sobremanera de reunir riquezas; tampoco esto se notaba mucho mientras tuvo a su lado a su mamá, la reina, que administraba sabiamente sus ahorros. Pero la vista de aquellas flores de inestimable valía, le hizo perder la cabeza; empezó a coger tantas que, no sabiendo donde guardarlas, desgarró su vestido y fabricó con él un talego donde empezó a amontonar pedrerías floridas, o flores de piedras preciosas.

En cuanto a Jazmina, se acercó a oler una flor y al notar que no oía a nada, se desvió de ellas; cogió una fruta, se la comió y, habiendo así saciado su apetito, se dedicó a pasear entre los senderos del jardín, disfrutando del espectáculo maravilloso que se le ofrecía, bañada en aquella luz dorada, respirando aquella brisa suave.

Y así transcurrió un día y otro, y semanas, y meses y hasta un año sin que las tres hermanas, cada cual consagrada a sus ocupaciones, se diese cuenta del tiempo que pasaba. Un día se les presentaron los tres guardianes y les dijeron:

—Altezas, Su Majestad os manda que volváis a palacio; ha terminado el plazo de vuestro viaje y ha llegado vuestra mayoría de edad y el momento de designar a la que ha de suceder a la reina en el trono de Lilas-Blancas.

Violeta se puso en pie; más ¡en qué horrible estado se hallaba! Tanto había comido que había engordado de una manera atroz; parecía una bola, una tinaja, todo menos una linda y esbelta princesita. En fin, que había perdido la línea por completo.

Rosita también se dispuso a salir del jardín; pero su aspecto no valía mucho más que el de su hermana: su pasión por las pedrerías la había hecho enflaquecer y afearse horriblemente; además, como había desgarrado sus ropas para guardar sus riquezas, iba vestida de

harapos y parecía una pordiosera; y de nada le valió este sacrificio; al salir, los guardianes le quitaron el tesoro que con tantos trabajos, había ido almacenando.

Solamente Jazmina que había comido poco y paseado mucho, y había empleado el tiempo en respirar aires puros y en contemplar espectáculos deliciosos, salía del jardín más bella, más graciosa y más feliz que nunca.

La llegada al palacio real de la enorme Violeta provocó una tempestad de risas; la aparición de la harapienta Rosita, un murmullo de horror. ¿Necesito decir que Jazmina fué, por unanimidad, declarada digna de ser reina de Lilas-Blancas?

El día de la coronación, el viejo ermitaño, pese a sus propósitos de no volverse a mover del desierto en cuarenta o cincuenta años, acudió a la llamada de la reina Florinda y ante toda la corte (en la cual figuraban Violeta que había recobrado la línea y Rosita que había recobrado su belleza y elegancia) habló como sigue:

—Ese jardín maravilloso en el cual Sus Altezas han hecho el aprendizaje saludable de la vida, representa la vida misma. Como en ella, se entra en él para un tiempo limitado; como en ella no se debe abusar de los placeres, ni se debe uno preocupar de amontonar riquezas; como en ella, se debe aprovechar el tiempo de una manera noble. Como de ella, se sale de él sin poderse llevar nada. Porque habéis de saber...

Todo esto lo tenía que explicar el viejo ermitaño porque en aquel tiempo, como no existía el Pinocho, la gente era un poco más tonta que hoy; y la prueba es que, sin su discursito, todas mis Pirulindas han sabido comprender la moraleja del cuento.

